



PERIÓDICUS

ISSN: 2358-0844

n. 19, v. 1
jan-jun.2023
p. 432-443

Entrevista: “Toda esa pólvora que guardaba dentro de mí, ella la despertó”. Diálogo con Purita Pelayo

(Entrevista: “Toda aquela pólvora que eu guardava dentro de mim, ela acordou”. Diálogo com Purita Pelayo)

(Interview: “All that gunpowder that I kept inside me, she woke up”. Dialogue with Purita Pelayo)

Diego Falconí Trávez¹

Diálogo mantenido el día 1 de febrero de 2023 en Quito entre la escritora y activista travesti ecuatoriana Purita Pelayo (Esmeraldas, 1957) y el académico marica Diego Falconí Trávez (Quito, 1979), con motivo de la publicación de la segunda edición del libro *Los fantasmas se cabrearon. Crónicas de la despenalización de la homosexualidad en el Ecuador* (Severo Editorial – USFQ Press) de autoría de Pelayo, texto que obtuvo el reconocimiento José Peralta, al mejor ensayo de 2022. En la conversación reflexionamos sobre cuestiones como la escritura, la memoria, la resistencia, la reparación, la autoría, el nombre, el duelo y el futuro, temas que son parte del profundo legado que las personas travestis y trans dejan a la sociedad cisheteropatriarcal ecuatoriana, para buscar más dignidad en las vidas distintas y reparar los derechos históricamente vulnerados de las subjetividades sexodisidentes.

[Diego Falconí Trávez] Purita, ¿cómo te defines identitariamente? ¿Como una mujer trans, como una mujer transgénero, como una travesti?

[Purita Pelayo] Antes eras o no eras. O eras maricón o eras hombre. O sea, no se consideraba la diversidad de ahora. Yo siempre tuve la confusión. Nunca pude definirme... hasta

¹ Abogado con enfoque en derechos humanos (Universidad San Francisco de Quito) y licenciado en humanidades (Universidad San Francisco de Quito). Es también doctor con mención europea en teoría de la literatura y literatura comparada por la Universitat Autònoma de Barcelona. Es profesor asociado del área de Letras de la Universitat Autònoma de Barcelona y profesor e investigador del Colegio de Jurisprudencia la Universidad San Francisco de Quito. E-mail: diego.falconi@uab.cat



Artigo licenciado sob forma de uma licença Creative Commons [Atribuição 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/). (CC BY-NC 4.0)

Recebido em 01/03/2023
Aceito em 27/03/2023

hace poco. Incluso después de hurgar en los conceptos nuevos que aparecían sobre la identidad me ha costado definirme. Considerando lo que he descubierto, y lo que todavía no he podido descubrir, yo me consideraría hoy mismo como una travesti... porque me encanta travestirme. Me encanta sentirme femenina, me encanta estar con una persona que me gusta y a la que le gusto, y que me trata como a mí me gustaría haber nacido en un principio. Quizá más adelante tal vez se vayan conceptualizando mejor estas definiciones y se pueda... yo he tenido que ir afrontando este tipo de conceptualizaciones... yo no creo que hayan termin... Lo que te quiero decir es yo no me creo todavía definida. Creo que hace falta ir descubriendo cada día nuestra propia sexualidad.

[D.F.T.] La vida es un aprendizaje eterno y a veces el vocabulario no es suficiente. En tus bellas palabras se nota ese devenir.

[P.P.] Sí, la vida es un aprendizaje constante.

[D.F.T.] La publicación de tu libro *Los fantasmas se cabrearon. Crónicas de la despenalización de la homosexualidad en el Ecuador* ha sido clave para la discusión en torno a las escrituras travestis/trans en el Ecuador y en la región de los Andes, a tal punto que acabas de obtener el reconocimiento José Peralta que el Municipio de Quito entrega a la mejor crónica publicada en 2022. ¿Por qué crees que ha habido tanto interés respecto a este libro que tú has escrito?

[P.P.] Creo que esto se vincula a la oportunidad de manifestarnos que ciertas personas como yo tradicionalmente no hemos tenido. Escribir las cosas que realmente nos ha deparado la vida, entendiendo que desde el principio fuimos excluidas. Excluidas de todo, hasta de nuestras propias familias. En este libro yo me atreví a escribir cosas desde mi propia visión, desde mi propia realidad. Esto permite que otras personas puedan introducirse dentro de mi realidad, mi visión y mi sentimiento.

[D.F.T.] ¿Y cómo fue que nació la idea de escribir *Los fantasmas se cabrearon*?

[P.P.] Yo había leído muchas crónicas y muchas biografías, sobre todo de las masacres que hubo durante la Segunda Guerra Mundial a manos del Partido Nacional Socialista alemán. Esto siempre me conmovió. Yo me decía, ¿cómo es posible que haya ocurrido este horror? ¿y cómo



estos autores rebuscaron en su memoria para poder escribir y plasmar en una obra ese horror? La última vez que estuve Madrid, recorriendo las librerías de Chueca y todo eso (*risas*), hurgué en unos libros donde encontré la obra de un sobreviviente de los campos de concentración. Creo que fue en Auschwitz. En el avión al regreso me lo vine leyendo y realmente me conmoví.

Ya de vuelta en Ecuador, en uno de mis viajes de Esmeraldas a Quito, me decidí y me dije a mí misma: todo lo que yo sé, todo lo que yo he vivido, todo lo que me tocó pasar, todo lo que me tocó sobrevivir en esta situación de invisibilidad durante los años 80 y 90 merece escribirse. Tomé inspiración de todos los que han sobrevivido siendo diferentes, y que incluso habiendo muerto han dejado un legado en la historia para que la sociedad y la humanidad puedan darse cuenta de sus masacres extremas. Mientras estaba en el bus subiendo al páramo de madrugada pasé mi dedo sobre el parabrisas del carro. El vidrio estaba empañado por el frío de afuera y alcancé a divisar la silueta de la montaña, la silueta del páramo y las contemplé todas azuladas, eternas, silenciosas. Me dije, estas montañas permanecen, estos páramos se quedan, están siempre en su mismo lugar... pero nosotros nos acabamos. Nosotros nos vamos de este mundo. Y yo voy a escribir lo que he vivido. Voy a señalar, voy a describir todo lo que realmente me tocó pasar. Me dije: tengo que escribirlo, tengo que hacerlo. Una se muere, una se acaba pero lo que deja escrito no se termina.

Llegando a Quito contacté con mis compas de las fundaciones, con las cuales habíamos tenido buenas relaciones y les dí a conocer mi idea. ¡Les pareció fabulosa mi idea! Empezamos a preparar un cronograma de actividades. Ellos hicieron el diseño, el bosquejo del libro, los temas que yo debía ir desarrollando. Y luego yo me lancé a la escritura.

[D.F.T.] ¿Nos podrías contar más sobre tu proceso de escritura de este libro y sobre tu relación con el acto escritural?

[P.P.] Yo nunca había escrito algo así. En la secundaria escribía poesía y me encantaba. Escribía porque me gustaba mucho la poesía de los poetas esmeraldeños afro que teníamos: Antonio Preciado, Adalberto Ortiz y [Nelson] Estupiñán Bass.

Jamás pensé que yo pudiera escribir unas memorias. Pero lo hice. Lo hicimos. Escribía en una pequeña habitación en el sur de la ciudad de Quito. Noche a noche, fumándome a veces cinco, diez, hasta quince cigarrillos. Recordaba y desarrollaba hechos, fechas, personas, nombres, rostros. Cada quince días revisábamos con mis amigos de la Fundación INREDH todo lo escrito. Lo que se repetía yo lo suprimía.

Hay una cosa particular que quiero destacar. Cada noche estaba repleta de lágrimas



torrenciales que me tocaba derramar por todo ese recuerdo, por todas esas personas que ya no estaban [*sollozos que detienen la conversación por unos segundos*].

Y yo, por suerte o por designio, no sé si de Dios o de quien, me había convertido en la persona indicada, la que tenía que recoger esas memorias de los hechos humillantes, jamás siquiera imaginados, que me tocó convivir con mis compañeras que ya no estaban. Cada noche tenía que hacer un *stop* para poder retomar fuerzas y seguir describiendo con detalle los hechos que nos tocó afrontar. Gracias a los compas que me ayudaron fui recordando, fui señalando, fui describiendo todas las barbaridades que sucedieron en los años 80 y 90. Tal vez muchos de los que leyeron las crónicas de mi libro conocieron las cosas que describo allí; aunque tal vez no vivían todavía o si vivían eran aún muy pequeños. Pero las calles en las ciudades principales del Ecuador, hacia la madrugada, eran un infierno para nosotras. Escribir el libro ha sido necesario para poderme recordar bien a mí misma.

[D.F.T.] Gracias por compartir eso. Yo sé que es duro hablar de esto, querida Purita.

[P.P.] Yo estoy cumpliendo una misión. Yo me siento útil. Es la única forma en que puedo darle razón a todo lo que me tocó vivir.

[D.F.T.] Continuemos. Tu libro permite reconstruir la memoria de las personas trans, de las personas que ejercían el trabajo sexual, de las personas gays, que en esa época eran maricones. ¿Qué crees tú que es lo que puede aprender una persona que lee este texto y que no sabía sobre las violaciones contra las diferentes disidencias sexuales? ¿Crees que tu libro ayuda no solo a rescatar sino a interpelar la memoria?

[P.P.] En toda la barbaridad que se cometió durante la Segunda Guerra Mundial, siempre hay la idea que predomina: la guerra fue una masacre entre enemigos que tuvo muertos, heridos, triunfadores, etc. Pero más allá de la idea de confrontación hubo persecuciones y, peor, exterminios de ciertas comunidades diferentes, incluso de comunidades sexuales diferentes.

Ya adentrándonos en las historias que relato en mi libro, creo que es importante el poder descubrir que la persecución que se hizo contra la comunidad GLBTI realmente fue una tragedia. Una tragedia mundial. La gente que pensaba diferente, la gente que tenía opciones de vida diferentes y que se manifestaba al contrario a las ideologías del poder fue gente perseguida y exterminada (*se detiene un segundo*). Entonces, ¿cuál era la pregunta, perdón?



[D.F.T.] Sí, era respecto a la memoria. ¿Cuál crees es el trabajo de reconstrucción e interpelación de la memoria que tú haces?

[P.P.] Los hechos de persecución y exterminio que relato sucedieron especialmente en el periodo que a mí me correspondió vivir, los años 80 y 90. Para mí es un castigo para la sociedad que hechos terribles como este no se puedan conocer. Cuando escribimos este tipo de temas, de historias lo hacemos porque es la única manera que podemos construir una mejor sociedad. Las siguientes generaciones se darán cuenta que no solamente hubo masacres humanas causadas por la naturaleza o por la guerra sino porque hubo formas diferente de vivir que fueron penadas vilmente por el Estado y la sociedad. Es necesario que la historia reconstruya la memoria, señalando todos los fenómenos y personas que ocasionaron tanto dolor y que han afectado la evolución misma de la humanidad.

[D.F.T.] Ahora que hablabas respecto a la memoria y a la invisibilización pienso en las Comisiones de la Verdad que buscan esclarecer crímenes terribles a partir de reconstrucción de los hechos. En el caso de Ecuador, la Comisión de la Verdad de 2010 analizó violaciones de derechos, especialmente de los años 80. Y no obstante, estos crímenes contra las personas trans, contra las personas de GLBTI en general, no están reflejadas dignamente en los documentos de dicha Comisión. ¿Tú qué opinas respecto a esto?

[P.P.] En los años 80 cuando empezaron a gestarse procesos de derechos humanos se recogieron los testimonios, pruebas, documentos como respuesta a la situación precaria de exclusión en que muchos colectivos vivíamos. Sin embargo, los colectivos de la época GLBTI no éramos visibles. Por ejemplo, en alguna ocasión se convocó a los diferentes sectores afectados para que sus violaciones de derechos pudieran ser recogidas y compiladas. De todos los grupos, el que mayormente se vio afectado fue la comunidad GLBTI porque no teníamos el sustento, los medios necesarios para poder presentar estas violaciones y para que pudieran haber sido procesadas, consideradas o informadas, y esto pudiera llevar más adelante a una investigación concreta. Nosotras no teníamos nada. Los pocos colectivos que existían eran tan pobres en sus recursos, en sus metodologías, etc., que no tenían un archivo, como sí tenían otros sectores sociales del país que pudieron contribuir a las investigaciones. Y es que cuando a nosotras nos ocurrían los casos de violaciones a nuestros derechos nos negaban que siquiera tuviéramos derechos. No sabíamos a dónde irnos a quejar o poner una denuncia. No teníamos una lista, un seguimiento



a todos los atropellos que se cometieron en los años 80 y 90. Incluidas las ejecuciones extras judiciales. ¡No teníamos nada! ¡No sabíamos donde apoyarnos!

Por eso nosotras, como sector importante de esta sociedad, no pudimos aportar mayormente con materiales o con informes. Eso lo lamentamos luego. A finales los 90 ya teníamos una organización mejor, metodologías de trabajo y de recogida de documentos, denuncias y cosas así. De los años 2000 en adelante fueron diferentes porque ya teníamos cooperación internacional, poder organizarnos y llevar nuestro activismo de modo mucho más técnico. En los años 80, vuelvo a decir, no contábamos con nadie ni con nada.

[D.F.T.] ¿Crees que tu libro es un aporte para entender esas violaciones de derechos humanos? ¿Que tiene la capacidad de no solamente ser un texto histórico-literario sino un texto que ayuda a pensar en la reparación?

[P.P.] Sí. Yo creo que el libro se ha ido convirtiendo en un documento para poder demandar una reparación integral. A pesar de que nosotras, como colectivo de sobrevivientes, hace unos cinco años presentamos una demanda contra el Estado ecuatoriano a propósito de las reparaciones integrales. Pero como todo sucede aquí en este país, que todo se detiene o toda marcha lentamente, la fiscalía no ha hecho mayormente cosas en favor de una investigación veraz, real y efectiva en favor de nuestros derechos humanos. Tenemos que esperar, quizás morirnos todas para que en algún momento pueda haber un pronunciamiento de este proceso finalmente.

Creo que el libro debería convertirse en un instrumento en el que se puedan dar las pautas para entender todo lo que pasó en detalle. Los lugares, las ciudades, los hechos, las personas que relato pueden servir como un ente informador de toda esta etapa fatídica que nos tocó vivir.

[D.F.T.] Hay una pensadora travesti, la chilena Claudia Rodríguez, que dice que las personas travestis son ignoradas deliberadamente por el sistema educativo para no tener el poder de la palabra y así convertirse en cuerpos más fáciles de odiar. ¿Tú que has compartido con tantas compañeras trans, crees que ha habido una negligencia respecto a la educación de ustedes para poder acceder a diferentes trabajos y poder vivir más dignamente? ¿Crees que ha habido una suerte de olvido de parte del Estado?

[P.P.] He leído algo sobre esta trans chilena. Una frase que no la recuerdo ahorita. Sus frases parecen como sentencias, cosas que realmente a una le hacen pensar mucho.



Pero volviendo a tu pregunta, creo que siempre hay grandes intereses que nos condenan a la exclusión. Las personas travestis y trans estamos impedidas por estos intereses a sentirnos más auténticas. Más auténticas con nuestro plan de vida, más auténticas con nuestro progreso social, más auténticas con el desarrollo de una nación. La falta de educación es uno de los grandes obstáculos, los cuales nos han impedido tener poder y ser parte de un proceso nacional.

No obstante, creo que hemos vivido y construido nuestro proceso. Yo creo que nos merecemos más. Por eso creo en las luchas, en los procesos, en la misma revolución.

[D.F.T.] Hablemos de un poco de autoría, de tu nombre de autora. En la primera edición del libro, que además es una edición que aparece publicada por una organización de derechos humanos, tú firmas ese libro con un nombre masculino. ¿Por qué?

[P.P.] Yo me dedicaba a la prostitución. En el día llevaba una vida, entre comillas, “normal”. Y a veces me tocaba, pues, pagar la renta, ir a los almacenes, caminar por las calles. Y lo hacía como un chico “normal”. Paralelamente a esta existencia yo en las noches salía a ganarme la vida, era mi forma de sustento. En la noche era Purita y en el día era Alberto.

Cuando a finales de los 80 me tomé muy en serio mi activismo político, los diferentes contactos que tenía en las pocas ONGs de derechos humanos que se acercaban a nosotras, me sugirieron que yo debía quedarme definitivamente con un seudónimo que me representara. Un compañero de una organización me dijo “deberías tener un apellido también”. Entonces, asumimos que debía ser Alberto Cabral. Cuando a principios de los 90 tomé definitivamente ese nombre, Alberto Cabral, lo hice para salvaguardar mi integridad por cuanto el activismo no era bien visto □ como hasta ahora □ y vivíamos la inseguridad política aquí en el Ecuador. Las activistas éramos perseguidas y atemorizadas. Asumí que Alberto Cabral debía manifestarse con ese nombre para protegerme en esos años. También asumí el nombre pensando en mi familia, que es muy conservadora y estereotipada. Así, cuando estaba en la calle, con mis amigas, en el activismo o en las marchas era Alberto Cabral. Pero cuando viajaba a Esmeraldas donde mi madre, Alberto o Purita eran nombres que no los utilizaba. Solo usaba mi nombre original, que era José.

Ya ves, yo era Alberto Cabral en el día y en la noche era Purita. ¡Purita, Purita, Purita! Y poco a poco fui dualizando esos dos nombres. En la actualidad, en 2023, creo que Alberto Cabral ya murió porque ya no... porque nadie me llama Alberto. Así me llamaban mis amigas que ya murieron. Por otro lado, no he podido legalizar el nombre de Purita porque a veces me ha dado un poco de pereza o no he tenido a mano las dos personas que tienen que servirme de testigos en el



Registro Civil para poder cambiar mi nombre a Purita. Pero bueno. Algún momento lo voy a hacer.

Siempre he jugado con los nombres. Incluso en la publicación del libro. Jugar con esos nombres me hacía sentirme bien. Cambiar el nombre era librarme de los escollos. Me permitía poder seguir desarrollándome e irme encaminando a lo que yo quería. Aunque debo decir que con el tiempo tener tantos nombres me ha dado la sensación de que estaba siendo perseguida por un fantasma. Un fantasma que no era real y que quizá no me dejaba avanzar. Ahora me llaman solo Purita. Y estoy super que bien.

[D.F.T.] La segunda edición del libro que es una edición mucho más cuidada □ donde participamos otras personas acompañándote desde la escritura, como una romería que va venerando tu texto, fundamental en la lucha sexodisidente □ incluye parte de tu archivo fotográfico personal. ¿Puedes por favor contarnos sobre cómo fue el proceso de recopilación de esas fotografías y por qué decidieron incluirlas en el libro?

[P.P.] A mí siempre me encantó la fotografía. Recuerdo que cuando tenía ocho añitos, escuchamos que en mi barrio en Esmeraldas había un fotógrafo que estaba tomando fotos gratuitas. Y yo lloraba pidiéndole a mi mamá me dejara ir para que él me retratara. Y, bueno, ella terminó cediendo. Recuerdo que mi madre me mojó el cabello, me peinó y me dejó arreglado. El fotógrafo nos tomó una foto en la puerta de la casa y... fue como magia. Desde entonces he tenido siempre la sensación de que la fotografía es una invención increíble. Un fenómeno donde puedes plasmar todo un instante que me sigue pareciendo inigualable.

Yo siempre llevaba mi cámara, una de esas sencillitas, y tomaba fotografías a mis amigos. Cuando viví aquí en Quito me involucré mucho en el mundo travesti y también tomaba fotografías. Me encantaba tomarles fotos a mis compañeras en las noches, en sus trabajos, en sus casas. ¡Y qué gusto me daba revelar y regalarles las fotografías que les había tomado! En el arte de la fotografía veía, no sé, lo infinito que estaba presente en un momento capturado. Y así, poco a poco, desde antes de mi activismo y durante él siempre he estado atenta con mi cámara.

Jamás se me pasó por la cabeza que treinta años más tarde esto pudiera convertirse en parte de las memorias GLBTI en el Ecuador. Un fondo fotográfico de casi 1.400 tomas de esos años. Ese fondo es el más extenso en la actualidad que tiene el país. Dicho material histórico sigue estando bajo mi custodia. ¡Realmente me parece increíble!

Siempre valoré mi trabajo, desde pequeño lo valoré. Pero ahora tiene mucha más importancia porque representa una memoria que habla con sinceridad y que te lo muestra todo: las



venas, las siluetas, la sangre que recorre cada rostro.

[D.F.T.] ¿Y por qué decidiste poner parte de estas fotografías en el libro?

[P.P.] Yo le di la libertad a la editorial [Severo Editorial] para que ellos lo hicieran pues pensamos en incorporar elementos adicionales a mis historias para hacer una mejor edición. Ellos seleccionaron las fotos con toda la libertad para que reflejase que lo que está dentro del libro es un trabajo que realmente se hizo de corazón, pensando en toda esa gente ávida de historias que había vivido siendo parte de nuestra comunidad.

[D.F.T.] Tu libro está dedicado a Paloma. De hecho, en el prólogo también hablas de Paloma como una persona fundamental. Paloma es una paisana tuya de Esmeraldas, que luego emigró a Quito igual que tú. Y que luego emigró a España. ¿Por qué es importante para ti recordar a Paloma?

[P.P.] Paloma, o Arturo, como era su nombre original, realmente fue una figura importante en mi vida. Esmeraldas era un medio donde no se valoraba a las personas diferentes y auténticas como ella. Éramos tomadas como personas vulgares que no servíamos para nada. Sin embargo, ella siempre se manifestó rebelde. Y a mí me despertó bastante curiosidad su rebeldía. Cuando la conocí, empecé a tratarla, a entender que era diferente al resto de personas y me sentí identificada con eso. “Yo quisiera ser así”, me decía a mí misma. Ella despertó toda esa potencia que yo guardaba. Toda esa pólvora que guardaba dentro de mí, ella la despertó.

Si ella no hubiera existido, yo creo que todo este proceso de reivindicación hubiese demorado un poco más porque las que nos iniciamos en esta lucha, en este largo camino escabroso, nos inspiramos con ella. Cuando yo vivía ya en Quito y me encontraba con alguna persona de Esmeraldas, yo la nombraba: la Paloma. Y la persona me decía: “¿Cuál? ¿La que habla de derechos humanos? ¿A la que le dicen *la Derechos Humanos*?”. Y yo respondía, ¡sí, sí, sí, ella es la Paloma! A ella la identificaban como la que hablaba de derechos humanos, cuando nadie se atrevía o sabía de ellos. ¡Entonces imagínate su potencia inspiradora!

[D.F.T.] Es entonces tu libro un homenaje a la memoria de Paloma. ¿Una forma de duelo por su vida y por esos esos años tan complejos?

A mí me tocó pasar muchísimas cosas terribles. En [el parque de] La Alameda una vez estuve



toda la madrugada dentro de una laguna debajo de un puente. Y sobre mí veía a los policías, pasearse buscándome. Y yo ahí solamente con la cabeza ya media hundida esperando que desaparecieran. Y los perros como ladraban buscándome. Pero ¿cuál era el delito que había cometido? El haber cruzado el parque entaconada. A mis amigas cuando las llevaban a La Alameda las tiraban a la laguna que había allí. Se iban riendo y mis amigas salían empapadas, en la noche helada de Quito, teniendo que caminar así hasta sus casas. Cuando volvía a Esmeraldas de viaje le contaba estas cosas a mi amiga, la Paloma. Y decíamos: “Hagamos algo. ¿Por qué no nos organizamos? ¿Es que tal o cual persona no creen en los derechos que tenemos, no creen que tenemos derechos”.

Luego Paloma migró a Quito. Una noche fue al [puente del] Guambra a buscarme y no me encontró. Yo llegué más tarde, a las diez u once de la noche. Una amiga me dijo que hicieron batidas² y que Paloma me estaba buscando. Yo intenté encontrar a Paloma sin éxito. Se me hacía raro que se le hubieran llevado pues Paloma era muy pacífica. Cuando había alguna confrontación ella conversaba con la policía y, por su educación y liderazgo, la dejaban ir. Se llevaban a las demás pero a ella la dejaban libre. Luego Paloma me contó que en el Guambra, antes de que yo llegue, ella vio el alboroto de la batida y corrió. Y trató de pasar al otro lado del parterre y como no vio el parterre se cayó de bruces. Y la policía la cogió, la montaron en la patrulla y se la llevaron a la cárcel. Allí estuvo tres días. Me contó que llegando a una salita, antes de entrar en las celdas de contravención, un famoso teniente las formó a toditas, una junto a la otra. Y ella como estaba con catarro no se aguantó y escupió hacia un lado. El teniente se dio cuenta y le hizo dar un paso adelante. Le dijo, mientras tenía el tolete en la mano, “date la vuelta, arrodíllate y cómete el escupitajo”. Y ella lo hizo. Me contó eso llorando cuando salió de la prisión. Todavía [la fundación] Coccinelle³ no existía. Eran los años previos a 1997. Y ella dice que nunca pudo olvidarse de eso. Siempre, siempre se acordaba de eso. Que ese teniente le hizo lamer el escupitajo del asqueroso suelo. Y que todo el mundo la veía ahí sin poder decir nada.

Luego Paloma migró, encontró una pareja, pero también tuvo limitaciones en España. Pero siempre fue una inspiración para mí y para muchas. Por eso le dedico el libro.

[D.F.T.] En tu libro nos cuentas historias de dolor y de muy serias violaciones de derechos humanos, como lo que nos acabas de contar, pero también hay este momento de alegría, de festividad, de fortaleza que es cuando se crea la Asociación Coccinelle, que acabas de mencionar.

² Palabra que refiere al allanamiento que hace sorpresivamente la policía en contra de maleantes o personas que están fuera de la ley.

³ La Fundación Coccinelle fue un colectivo de travestis, transgéneros y gays creado en 1997 que fue clave durante el proceso para lograr la despenalización de la homosexualidad en Ecuador ese mismo año. La organización fue la primera que visibilizó a las personas trans. Luego se transformó en la Asociación FEMIS, que funcionó hasta el año 2006.



¿Qué significó para la historia y para ti misma la fundación de esta asociación?

[P.P.] Cuando estaba en la cárcel en detención provisional yo insistía en que debíamos formalizarnos. En esa época nos detenían y éramos tildadas como contraventoras. Era la terminología legal que nos adjudicaban. Siempre hablé del hecho que era urgente que nos organizáramos, que no podía continuar la misma lógica que nos condenaba a habitar las celdas y que nos dejaba devastadas. Solo esa palabra puede explicar cómo estábamos: devastadas.

Cuando estaba detenida yo me preguntaba, ¿por qué? ¿Por qué nos tratan así? Para la ley éramos iguales que los delincuentes comunes, pero en realidad éramos hijas, tías, primas. Éramos personas con familia y con una vida y sueños, aunque pareciera que estábamos absolutamente solas y sin esperanza. Lastimosamente, la mayoría de gente no estaba preparada para que nos organizáramos. Varias de las compañeras habían recibido tanto maltrato que todos los efectos devastadores, problemas mentales y psicológicos, las tenían destruidas. Pero no. Yo no me dejaba doblegar así no más. No me dejaba.

Además, yo había leído mucho y sabía que esto no estaba bien. Había leído, por ejemplo, sobre la revuelta de 1922 en Guayaquil y la posterior matanza de los trabajadores. Esa historia de lucha también había llegado a Esmeraldas. Además de haber leído yo me acuerdo de esas huelgas. Cómo llegaba el ejército y la policía y nos mandaban a las casas rapidito. Yo casi que me orinaba del miedo, me acuerdo. Y una noche, cuando los estudiantes estaban alzados y la ciudad estaba paralizada, en un patio al lado de mi casa un militar mató a un joven manifestante que huía. Al día siguiente la gente contaba cómo el chico al recibir los disparos había gritado “ay, mi madre”, antes de morir junto a una palma de coco.

Toda esa historia de rabia, de protesta, de desacuerdo, de inconformismo yo creo que llegó a alimentar también mis sentimientos de lucha más tarde. Entendí que había que protestar. No había que paralizarse, no había que esconderse. O había que esconderse, pero siempre luchando y cuidándose a una misma y a las otras. Todo eso me sirvió mucho como para ir formando esta trayectoria de lucha, de cuidado, de no doblegarme jamás, a pesar de todo. Fue una etapa super dura. El poder interiorizar la cuestión de derechos y el camino que teníamos que realmente construir no fue fácil. Coccinelle nos permitió organizarnos en conjunto y de esto hablo en el libro.

[D.F.T.] En esta época en la que tienes mayor visibilidad como autora, ¿desconfías de las entrevistas o los diálogos como este?



[P.P.] Creo que siempre hay que desconfiar en algo por cuanto no se conoce la integridad de las personas y pueden tergiversar muchas cosas. Esto como algo así general. Pero siempre en las entrevistas se presenta una oportunidad de poder manifestar y desfogar cosas que se tiene dentro. En el alma inclusive. En este caso confío porque sé que tú estás muy adentro de estos temas.

[D.F.T.] ¿Cuáles son tus proyectos venideros? ¿Estás quizá pensando en escribir algo?

[P.P.] Yo creo que el mejor proyecto y el más real, el más auténtico, es morir en paz. Tal vez sin que nadie lo sepa, en silencio. En mi caso sé que mucha de mi gente me espera en el más allá. Y es más, yo quisiera... yo quisiera irme pronto.

[P.P.] Purita, a pesar de que respeto esta idea de no-futuro, yo espero que vivas más y nos acompañes con tu autoridad y sabiduría. ¿Me permites hacerte una última pregunta algo más frívola? [*asiente con la cabeza y sonríe*] ¿Cuál ha sido el mejor piropo que te han dado por tu libro?

[P.P.] ¡Ay, no! ¡Nunca había pensado en esto! Siempre han sido agradecimientos y felicitaciones de la gente que lo ha leído. Por ejemplo, me han dicho a veces: “oye, tu libro me ha hecho llorar”. Me han escrito poesías, también. Me han mandado mensajes muy bonitos y me he sentido bien. Pero algo así que me haya marcado... tal vez no lo haya tomado muy en cuenta. Todos han sido comentarios muy bonitos, todos han sido chéveres piropos. Y que me han hecho sentir tranquila y me ha hecho pensar que no todo es vano. Que siempre se puede construir algo. ¿No?

